

Prólogo

SEGÚN LA FÍSICA cuántica se puede abolir el pasado o, peor todavía, cambiarlo. No me interesa eliminar y mucho menos cambiar mi pasado. Lo que necesito es una máquina del tiempo para vivirlo de nuevo. Esa máquina es la memoria. Gracias a ella puedo volver a vivir ese tiempo infeliz, feliz a veces. Pero, para suerte o desgracia, sólo puedo vivirlo en una sola dimensión, la del recuerdo. El intangible conocimiento (todo lo que yo sé de ella) puede cambiar algo tan concreto como el pasado en que ella vivió. Una canción contemporánea parece decirlo mejor que yo: <<Cuando el inmóvil objeto que soy / encuentra esa fuerza irresistible que es ella>>. Los fotones pueden negar el pasado, pero siempre se proyectan sobre una pantalla –en este caso este libro. La única virtud que tiene mi historia es que de veras ocurrió.

Esta narración está siempre en el presente a pesar del tiempo de los verbos, que no son más que auxilios para crear o hacer crear el pasado. Una página, una página llena de palabras y de signos hay que recorrerla y ese recorrido se hace siempre ahora, en el momento que escribo la palabra ahora que se va a leer enseguida. Pero la escritura trata de forzar la lectura a crear un pasado, a creer en ese pasado –mientras ese pasado narrado hacia el futuro. No quiero que el lector crea en ese futuro, fruto de lo que he escrito, sino que lo crea al pasado que lee. Son estas convenciones –escritura, lectura– las que nos permiten, a ti y a mí, testigo, a volver a ver mis culpas, a revisar, si puedo, la persona que fui por un momento. Ese momento está escrito en este libro: queda inscrito.

Habrán momentos en que el ojo que lee no creará lo que ve. Eso se llama ficción. Pero es necesario siempre que el lector confunda el presente de la lectura con el pasado de lo narrado y que ambos tiempos avancen en busca de un futuro que es la culminación de la acción en la narración. (Me gustan las rimas impensadas). Pero hay que recordar que toda narración es en realidad un *flash-back*. El ejemplo más nítido de *flash-back* es la narración que hace Ulises de sus aventuras y desventuras en la corte de Antinoo. Éste es un momento más que épico, dramático, casi melodramático ya que la narración de Ulises viene precedida por las notas musicales de la lira y el canto del cantor de la corte. Los narradores de cuentos de hadas siempre comienzan su historia con el imprescindible <<Érase una vez>>. Como toda ficción es siempre érase una vez, esta narración mía no puede ser menos. Aunque es todo menos un cuento de hadas. Es, si acaso, un cuento de hados. De nada.

Tuve que hacer un hueco en medio de la realidad. Yo era, fui ese hueco. Aunque parezca una declaración asombrosa, que no quiero que sea, La Habana no existía entonces. Recuerdo (es un recuerdo infantil en que ardo) una postalita de la serie <<Piratas de ayer>>. Cada postal venía con una galletica, que se compraba por la postal, nueva o no, repetida a veces. La galleta era un pretexto que sin embargo se comía. Una postalita se llamaba <<Caminando el tablón>> y presentaba a un hombre, en medio de un tablón que sobresalía de la nave. Era un bucanero, Boca negra. De este lado del tablón estaban los conocidos de la costa, sable en mano. Del otro lado quedaba el mar desconocido y unos visibles

tiburones que nadaban cerca del navío. El condenado sobre el tablón estaba, como dice el proverbio inglés, <<entre el diablo y el profundo mar>>.

Pero no había realidad fuera de mí, de nuestra, realidad. Como en las películas, el tiempo en la pantalla suspendida, el tiempo afuera. Pero –eso lo veo ahora– la vida no es una película, por muy real que sea la vida. ¿Qué decir de los efectos especiales? La narración intenta llenar ese vacío, pero ese vacío es el centro de la narración porque era, ¿quién lo diría?, la propia Estelita. Una vez más, sólo la estela dejada por la fuga.

Contar (es decir, contando) implica correr riesgos. Uno de ellos es el riesgo que se corre en la vida, donde uno no cuenta. La vida está siempre en primera persona, aunque uno no sabe cómo va a ser, <<en un final>>, el final. La tercera persona, que duda cabe, es más segura. Pero es también la transmisión a distancia que resulta siempre falsa. La falsa distancia es de la novela, la proximidad de la primera persona viene de la vida. La tercera persona no va a ninguna parte. Todo es ficción pero la primera persona, tan singular, no lo parece.

La vida es un *pret-a porter* si *pret* es una abreviatura de pretérito. El Lector puede, si quiere, creer que nada ocurrió o que esta historia del periodista pobre y su hallazgo nunca tuvo lugar –excepto, claro, en mi memoria.